

34a. Ordinario, Martes

Como dijera algunos, acerca del Templo, que estaba adornado de bellas piedras y ofrendas votivas, él dijo: "Esto que ven ustedes, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea derruida". Le preguntaron: "Maestro, ¿cuándo sucederá eso? Y ¿cuál será la señal de que todas estas cosas están para ocurrir?" El dijo: "Miren, no se dejen engañar. Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: "Yo soy" y "el tiempo está cerca". No les sigan. Cuando oigan hablar de guerras y revoluciones, no se aterren; porque es necesario que sucedan primero estas cosas, pero el fin no es inmediato". Entonces les dijo: "Se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá grandes terremotos, peste y hambre en diversos lugares, habrá cosas espantosas, y grandes señales del cielo" (Lucas 21,5-11).)

Las palabras que ahora comentamos fueron dichas por Jesús hace unos veinte siglos, dos mil años. Mucho tiempo ha pasado y todavía no se vislumbra el fin de los tiempos.

Sin embargo, sus primeras palabras fueron para referirse a un acontecimiento que ocurriría no mucho después: la destrucción del Templo, ocurrido en el año 70, unos cuarenta años después de haberlo profetizado.

El ser humano se interroga sobre el futuro. Algunos lo toman a la ligera, desarrollando una actitud de incredulidad, acomodándose al tiempo presente, para concluir que la vida es un absurdo y no vale la pena preocuparse. A fin de cuentas, todo terminará y no servirá de nada lo que hayamos hecho, bueno o malo, porque ni Dios ni un futuro mejor existen.

Esa actitud es muy común en aquellos que no quieren reconocer la real existencia de un Dios amoroso que, por encima de todas las vicisitudes del mundo, de los gravísimos problemas que a veces confrontamos, quiere estar a nuestro lado para que descubramos que El nos quiere dar la victoria.

Jesús nos asegura que si confiamos en El nada tenemos que temer. Efectivamente nos enfrentaremos a situaciones realmente malas. Los que tienen que verse sometidos a regímenes tiránicos, o a persecuciones por causa de su fe, o a vivir en medio de una guerra civil o de otra índole, saben lo terrible que se les vuelve la vida. Pero el Señor insiste en que no nos aterroricemos, no nos dejemos vencer por el miedo, pues El es el Señor de la historia.

Mantener la fe y la confianza cuando todo es plácido resulta muy fácil, pero cuando se vive en medio del peligro, de las asechanzas de muerte, de constantes amenazas contra la vida, tal cosa requiere de una búsqueda de ayuda en quien solo puede dárnosla.

Nunca nos olvidemos de que la venida del Espíritu Santo no fue un hecho aislado en el primer Pentecostés. La presencia de la Tercera Persona de la Trinidad es algo

real para todos aquellos que se confían en su protección y buscan su guía para salir adelante en medio de las peores pruebas.

Tenemos que buscar esa fuerza, sin prestar atención a los agoreros, a los falsos profetas, a los que quieren apartarnos del camino que conduce a la salvación.

En medio de la oscuridad solo Dios puede ser nuestra luz. Recordemos estas palabras de santa Teresa de Jesús: "Nada te turbe, nada te espante. Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene nada le falta. Solo Dios basta".

Padre Arnaldo Bazan